



(Dibujo, Cruz Novillo.)

Sr. Don Carlos de Miguel.

Director de la Revista ARQUITECTURA.

Querido Director: Muchas gracias, ante todo, por tus palabras en el último número de la Revista. Gracias por recordar las muy curiosas coincidencias que hicieron necesaria —en el sentido que daba Leonardo a esta palabra— nuestra antiquísima amistad. Gracias también a nuestros compañeros más jóvenes, que hicieron posible el episodio que recuerdas. Finalmente, gracias a ti, como Director, y a los demás compañeros de Redacción. Con ellos he pasado los ratos más interesantes e instructivos de estos últimos años.

Espero seguir pasándolos, aunque no con asiduidad, ya que el verdadero objeto de esta carta es presentar mi dimisión del cargo de Redactor-Jefe, por razones de falta de tiempo y de falta de cabeza. En efecto, es imposible para mí hacer compatible la Dirección de la Escuela, que exige una extroversión total, con la tarea de escribir, para la que hace falta cierta introversión. Aunque no completa en este caso, pues se trata de redactar para una Revista, la cual exige, por su naturaleza, permanecer muy abierto a lo que pasa en el mundo.

Existe además la dificultad, en este caso, de mi absoluta falta de experiencia en tareas directivas. Sabes muy bien que nunca fuí director ni presidente de nada; ni siquiera, cuando niño, de alguna sección de la Congregación en el Colegio del Pilar, o de algún grupo de deportes. Nunca sentí la "pasión de mandar", que decía Romanones, ni me creí capaz de

organizar nada ni de dirigir a otros. Hice saber esto a las elevadas personas que, a pesar de todo, me honraron con este cargo, y no quisiera ahora defraudarlas. Por ello quiero dedicarme de veras a "hacer de Director" durante el tiempo que ocupe este puesto, y esta dedicación lo hace incompatible con cualquier otra cosa que no sea el ejercicio profesional, indispensable para enseñar Arquitectura, según decía la Enciclopedia Británica en edición ya antigua.

En este momento se plantean muchos problemas en la Enseñanza de la Arquitectura. No ha hecho falta que el Plan de Desarrollo los provoque para que hayan saltado al ruedo de nuestra Escuela en estos últimos tiempos. Porque el objeto de la Escuela es formar arquitectos, y actualmente está en cuestión cuál es la esencia de nuestra profesión, en España y ahora. Esto hay que acometerlo de frente, porque la "presión demográfica" no nos permite seguir con el viejo sistema de equilibrio entre la enseñanza oficial—de irremediable cuño universitario napoleónico—y el verdadero aprendizaje realizado fuera, pero no a espaldas del profesorado de la Escuela.

Tal sistema era posible en una enseñanza para pocos (el número total de alumnos era parecido al actual de profesores) en la que, por tanto, nos conocíamos todos. Ahora la Escuela plantea un problema urbanístico: hay que decidir si la ciudad puede crecer indefinidamente como una unidad, o si ha de subdividirse dentro de ella misma, o si ha de emitir ciudades satélites, o si hay que crear francamente otra "ciudad paralela".

Pero todo ello vuelve al primer problema: el de saber qué es el arquitecto ahora, con sus nuevos clientes y sus nuevos temas de Arquitectura y de Urbanismo. Se trata de averiguar si el arquitecto ha de seguir siendo lo que indica la etimología de esta palabra o si puede ser un especialista y, caso de serlo, qué especialidades son propias del arquitecto y cuáles podrían ser verdaderas "ingenierías", y si éstas deben tener o no una raíz común en la Arquitectura general. De estas determinaciones depende lo que deba ser la enseñanza en cuanto a extensión y a intensidad, pero sin olvidar que su esencia es el aprendizaje, o sea la práctica, la experiencia y la convivencia formativa entre profesores y alumnos.

Surge de aquí un problema económico, tanto para los unos como para los otros. Todos ellos han de emplear mucho tiempo en la Escuela, y más si se quiere abreviar el largo período de aprendizaje. Esto les impide "ganarse la vida" fuera de horas escolares; estas ocupaciones retribuidas serán cada día más necesarias, según se vaya notando la deseada llegada a la Escuela de alumnos procedentes de familias de escasos medios económicos.

Por otra parte, la enseñanza por asignaturas sueltas no es propia de la Arquitectura. El arquitecto hace edificios completos y verdaderos, de un modo orgánico, desde el primer croquis hasta la colocación en obra del último tubo fluorescente. Por no aprender este modo de trabajar en la Escuela, ha sido necesario aprenderlo fuera; antes, de un modo oficioso, conocido por los compañeros del alumno y por los profesores; ahora, debido al enorme aumento del número de alumnos, de un modo incontrolado y, a veces, vicioso. El problema ha de resolverse, sea dirigiendo las autoridades docentes y profesionales el trabajo extra-escolar, sea haciendo en la Escuela verdaderos "edificios", no proyectos sueltos ni cálculos sueltos, sin consecuencias reales. Esta realidad orientaría el trabajo de investigación, que es complemento indispensable de la enseñanza en todo Centro superior.

Espero contar con el apoyo de mis superiores jerárquicos y del Colegio de Arquitectos para iniciar la resolución de tales problemas, que no son los únicos; la brevedad de una carta impide mencionarlos todos. Sólo se trata de iniciar una actitud dinámica, no de cristalizarla en una fórmula que, según demuestra la experiencia de los últimos años, pronto habrá de ser sustituida por otra. Si algún sistema definitivo ha de implantarse, debe ser tal que lleve dentro de sí el germen de su propia transformación. Como un ser vivo, no como una piedra. Deseo en especial tu colaboración y consejo, así como de todo el Comité de Redacción. He aprendido mucho de vosotros y de los otros colaboradores de la Revista, y espero seguir aprendiendo.

Un abrazo de tu amigo.

Luis Moya.